

HASTA LOS ÁNGELES CAERÁN

Mi madre siempre me decía que sería un triunfador, que allí donde pusiera el ojo, pondría la bala, que sería el hombre más deseado y que las churris se me rifarían. ¿Amor maternal o mentira piadosa? En fin, si me viese ahora...

He utilizado todos los procedimientos imaginables, y todavía no he logrado ninguna conquista, a pesar de mis ingentes litros de colonia de las mejores marcas, los relojes más caros del mercado y los coches de más alta gama. Pensaba, ingenuo de mí, que con los productos comprados compulsivamente venía incluida una vida llena de mujeres.

He seguido al pie de la letra todas las pautas publicitarias, aunque todas, llámame loco, parecen iguales. Mejor, pensé, más fácil de ejecutar.

He acompañado mi vida de músicas sugerentes; me he descoyuntado el cuerpo con poses, digamos que atractivas y sensuales; me he resfriado por mostrar mi escaso cuerpo serrano ligero de ropa; me ha dolido la cabeza por mantener miradas intensas y provocadoras. Menos mal que los anuncios suelen durar treinta o cuarenta segundos y yo soy obediente, porque más no hay quien lo aguante.

Pero es que yo quiero ligar, que quede claro, que las mujeres se acerquen a mí y si es posible, que alguna se quede un tiempo, por lo menos. La cosa parece simple: imitando a los héroes publicitarios el fornicio estaría asegurado.

Así vamos a ver, quién es capaz de relacionar los sensuales aromas con las situaciones erótico festivas, aunque a mí no se me engaña tan fácilmente, que aquí hay una nariz de tamaño superlativo que funciona muy bien. El caso es que el aroma de mi hogar y tu perfume es mi recuerdo... tararé que te vi, que no es verdad, que he compartido piso de estudiantes, que he tenido un compañero que tenía una novia, que venía a pasar con nosotros todo el fin de semana, que se encerraban en su cuarto, que cuando la puerta se abría el lunes por la mañana, se me saltaban las lágrimas. Aquello era llorar..., y no era precisamente por el olor sensual de la colonia de turno, sino la peste a jaula de monos, a jaula de monos muy sudados, pero que muy sudados, me cago en la lavanda y en *one million* de perfumes.

Pero no desespero, aunque en mi caso, cualquier acercamiento de una mujer que no sea para pedirme la hora es un milagro. Solo Dios sabe el dinero que me he llegado a gastar en estos productos, creyendo sus promesas.

“*Olor a chocolate*” decían, irresistible para las mujeres o eso creía, pero como no, mentira también, lo único que se me acercó fue un fuerte dolor de cabeza, por la desmesurada cantidad que me puse.

“*Hasta los ángeles caerán*” decía otro, ¿os acordáis de ese?, sí, sí, ese que por alguna razón tan “natural” caen ángeles del cielo, todo el mundo queda boquiabierto, y los seres angelicales (a cuál más estupendo) lo que hacen es dirigirse (lascivamente) hacia un hombre que se había puesto mi colonia, sí la que yo uso por litros.

En mi caso, estuvo a punto de suceder el milagro menos por un pequeño error casi sin importancia, de pronto vi que, desde el cielo, se dirigían hacia mí unos seres con alas, en ese momento no pensé en otra cosa que no fuera un grupo de ángeles buscándome desesperadamente. Pues no, era una bandada, pero de palomas hambrientas, que por supuesto, no se dirigían a mí por el perfume, sino porque justo detrás, sentada en un banco, había una anciana echándoles kilos y kilos de pan. Me atravesaron como locas dejándome el pelo y mi traje ajustadito hecho un asco de cagadas.

Pero, insisto, no desespero. También he esperado durante horas en una preciosa terraza tomándome un café, dos cafés, tres cafés..., por si por alguna casualidad alguna mujer venía a hablar conmigo, como en el anuncio de Clooney, pero no, acabé como una moto por efecto de la cafeína, con los ojos como platos toda la noche. Eso sí, por si acaso una desconocida llamara a mi puerta, estuve toda la noche con el smoking puesto.

Poco después, por casualidades de la vida, entrando por una puerta giratoria, se me atascó la corbata con el borde y me quedé atrapado, sufriendo magulladuras y erosiones leves en ambas manos, pero para mi sorpresa una hermosa y joven mujer me socorrió amablemente. Mi nueva y carísima colonia había funcionado: *Invictus*, me dije, tira *pa' lante*, has vencido. Nunca, ninguna mujer había hecho eso por mí. Lástima que cuando me recuperé la bella damisela de mis sueños se despidió extrañamente deprisa. Poco después eché de menos mi billetera, acababa de sacar dinero del cajero.

Julián Martínez (1r Batxillerat B)